

El conflicto y su transformación desde el pensamiento complejo*

José Aristizábal G.

La forma predominante de pensar y percibir la realidad en nuestra cultura contemporánea concibe el desorden como la pesadilla, lo malo, lo feo; y el orden como la calma, lo bueno, lo bello. El primero es oscuridad, caos, error, herejía; el segundo luz, claridad, ortodoxia. El uno representa lo vicioso, lo negativo, lo que está por fuera de la ley; el otro lo virtuoso, lo positivo, la ley. La violencia, la guerra y la muerte se asocian con el desorden, mientras la paz y la vida se identifican con el orden. Uno es el diablo, que debemos censurar o eliminar a toda costa; el otro el cielo, que se publicita y endiosa a como dé lugar. Aquel es la incertidumbre, el azar, lo impredecible; éste, la certidumbre, la necesidad, lo predecible.

Todas las estructuras sociales buscan el orden. Desde los estados, que cada vez perfeccionan más sus maquinarias militares y de control policial para preservarlo; la familia, que sueña con niños ordenados y obedientes; la escuela y la academia, que tratan de formar unos alumnos dóciles, acríticos, receptores de brazos cruzados; las iglesias, defensoras del orden dominante –al cual el ser humano debe someterse para merecer un cielo de perfección y armonía–; hasta la televisión y la publicidad, que a cada segundo satanizan el desorden y glorifican el orden, sempiterno triunfador en todas sus puestas en escena. Además, después del 11 de septiembre de 2001 se hizo evidente la tentación de aceptar un orden imperial como “nuevo orden global”.

Esta percepción fragmentaria o reduccionista que se centra en las partes y se basa en la idea de que el universo, como lo concibieron Newton y Descartes, es una

* Se entiende aquí por pensamiento complejo, la propuesta elaborada por Edgar Morin.

máquina perfectamente ordenada, integrada por una cantidad de componentes que existen de manera independiente, separados los unos de los otros, es lo que Edgar Morin llama *el paradigma de la simplificación*. Se trata de una visión que separa el orden del desorden, como si el uno no tuviera nada que ver con el otro, fuera de su contraposición. Los reduce o simplifica, hasta volver blanco al uno y negro al otro y, después de enfrentarlos, obliga una elección: o se está con éste o con aquel.

Superar esta mirada implicaría ir más allá de las técnicas o mecanismos convencionales de resolución de conflictos –que a pesar de tener su valor, a veces son sólo paliativos– y conocer más a fondo la dinámica del conflicto y el desorden, teniendo en cuenta las relaciones que, naturalmente, unen el orden con el desorden.

1. Orden y desorden: Inseparables e interdependientes

Cualquier aspecto de la realidad no es más que una sucesión de períodos de desorden, seguidos de momentos de orden, los cuales dan origen a otros momentos de desorden que, a su vez, vuelven al orden. Estos ciclos se entrelazan y se condicionan mutuamente, de manera ininterrumpida: una disputa da paso a una concertación, una ruptura a una reconciliación, de una turbulencia se pasa a la calma y de ésta se vuelve a una disputa.

En todos los mitos y cosmovisiones, el mundo procede de un desorden: muchos dioses antiguos eran mitad bien, mitad mal; mitad orden, mitad desorden. La teoría científica que prevalece sobre el origen del cosmos es la del Big Bang, según la cual el universo nació de una gran explosión, de un caos inicial, y se organizó en galaxias y planetas en medio de una expansión que va hacia su desintegración. Tanto en la irradiación primitiva, como en el origen de cada galaxia y estrella, lo inicial ha sido el desorden de sus reacciones termonucleares en cadena. En los fenómenos físicos comunes, por ejemplo, al poner el agua en un fogón, el calor produce un desorden en sus componentes, resultado que lo transforma en otro orden, como un vapor o una nube; y en un desagüe, los movimientos caóticos iniciales del líquido se estabilizan por un tiempo en un remolino ordenado. En la química, las reacciones, las precipitaciones y las mezclas entre los elementos no son más que desórdenes que dan paso a otros compuestos, a otros órdenes.

¿Y la vida? Si en algo existe interdependencia entre equilibrio y desequilibrio, estabilidad e inestabilidad, orden y desorden, es en el fenómeno de la vida. Todo organismo vivo, como cualquier sistema abierto, está atravesado constantemente por flujos de energía y materia necesarios para sobrevivir. Estos, producen desequilibrios químicos, térmicos y dinámicos y, por tanto, inestabilidades y turbulencias, no

destruyen el sistema, sino que lo alimentan y contribuyen a su existencia y organización. “Lo maravilloso, la paradoja, es que esta actividad permanente y generalizada produzca estados estacionarios”;¹ que a pesar del desequilibrio, la inestabilidad, el movimiento y el cambio, se pueda hablar de estados estacionarios. Aquí, “el cambio asegura la constancia, la constancia asegura el cambio [como un remolino en donde] es lo constante lo que al mismo tiempo está en movimiento”.² Por ello, la vida no es más que un proceso continuo de reorganizaciones, regeneraciones y reestructuraciones: un “balance fluyente”, como lo llama Morin.³

Orden y desorden son complementarios por muchas razones. El sentido principal del orden es el que produce la unidad, la estabilidad, la regulación, la armonía; el que refleja el todo, lo universal, y le da forma a la organización. En esta instancia, el orden constituye un estado estacionario, con elementos diferenciados que se encuentran en un conjunto organizado. Pero el orden puro, que sería el equilibrio total, el reino de la quietud, lleva al estancamiento, a la inmovilidad, a la rigidez y, en consecuencia, a la desintegración y a la muerte. Este es el orden de los cementerios.

El desorden, por su parte, también tiene dos aspectos: por un lado, su sentido es el movimiento y la dinámica que producen lo nuevo, las innovaciones, las invenciones, la regeneración y la reorganización sin las cuales no habría vida ni creación; además refleja lo múltiple, la diferencia, lo particular y la diversidad. Por otro lado, el puro desorden o desequilibrio total: destrucción, disolución de la unidad y violencia devastadora, llevaría, de la misma manera que el orden puro o equilibrio total, a la desintegración y a la muerte.

El desorden se vuelve destructor cuando hay pérdida de orden, cuando los elementos se disocian, y tienden a no constituir más una estructura, una organización, una simple suma. El desorden se vuelve creador cuando produce una pérdida de orden acompañada de una ganancia de orden, que es generadora de un orden nuevo reemplazante del antiguo y puede ser superior a él.⁴

Desde esta perspectiva, el extremo del orden se toca con el extremo del desorden. El orden puro termina en lo mismo que el desorden puro: en la desintegración y la muerte. Así pues, ambos se necesitan, se requieren y se engendran mutuamente. Sin el orden, “no habría ningún elemento de estabilidad con el cual fundar una organización”,⁵ y sin

1 Edgar Morin. *El método I. La naturaleza de la naturaleza*. Madrid, Cátedra, 1977, p. 218.

2 *Ibíd.*, p. 219.

3 *Id.*, *El método II. La vida de la vida*. Madrid, Cátedra, 1980, p. 302.

4 Georges Balandier. *El desorden*. Barcelona, Gedisa, 1988, p. 44.

5 Edgar Morin. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, Gedisa, 1990, p. 126.

el desorden, no existiría el movimiento, la ruptura, el cambio, el enriquecimiento de las relaciones a través de las diferencias, los nuevos comienzos, el azar, la diversidad; “no habría innovación, creación, evolución. No habría existencia viviente ni humana”.⁶ Sin embargo, al mismo tiempo, ambos son antagonistas, se rechazan y se contraponen, son heterogéneos e irreductibles. El uno desplaza permanentemente al otro y nunca se da la victoria total de ninguno.

Por consiguiente, “las organizaciones tienen necesidad de orden y desorden”,⁷ pues el uno coopera con el otro: las virtudes de ambos forman la vida, los seres, la organización. Superado el orden rígido y el desorden no creador, se encuentra la “síntesis fecunda entre el orden y el desorden”.⁸

2. Cualidades y virtudes del desorden

El desorden es creador, es fuente de orden. La repentina aparición del orden a partir del caos es la regla y no la excepción, según el premio Nobel de Química, Ilya Prigogine. Con su teoría de las “estructuras disipativas”, él y su equipo de colegas han demostrado cómo a medida que un sistema abierto se aleja del equilibrio (químico o térmico) alcanza un valor crítico de inestabilidad en el cual la mínima fluctuación adicional en el sistema da origen a un punto de bifurcación, donde surge o puede surgir espontáneamente una nueva estructura de orden y una mayor complejidad. Llegados a este instante, “no sólo se desintegran los sistemas, sino que emergen sistemas nuevos”.⁹ Es decir, el caos produciendo orden, el no-equilibrio y la no-linealidad como fuentes de orden. “La disipación se encuentra en el origen de lo que bien podemos denominar nuevos estados de la materia”.¹⁰ Por ello se dice que la vida surge en el borde del caos.

Otra de las virtudes del desorden es que puede ser fundante. En el origen y en los grandes momentos de los pueblos y las naciones, siempre hay una revolución o una epopeya de donde surgen los mitos fundadores. Son éstas las que le dan paso al nuevo orden y se mantienen en el tiempo y en las tradiciones a través de los ritos y las celebraciones.

6 *Ibid.*

7 *Ibid.*

8 *Id.*, *Sociología*. Madrid, Tecnos, 1995, p. 405.

9 Ilya Prigogine e Isabelle Stengers. *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid, Alianza, 1983.

10 *Ibid.*, p. 156.

Además, el desorden tiene una capacidad infinita para sobrevivir, resistir, no dejarse aniquilar. Satanizado como diabólico y maléfico, las ortodoxias, los dogmas y las inquisiciones lo han lanzado mil veces a la hoguera y a las tinieblas exteriores; pero él vuelve, como la herejía, la reforma, la brujería, el sincretismo. Descartes, Newton y la ciencia clásica lo expulsaron de su universo perfecto, intemporal e inmutable en el que todo era ordenado y predecible; pero la termodinámica, la entropía, la relatividad y la cuántica lo trajeron de nuevo a escena, bajo la figura del caos y la ciencia en la caología. Las dictaduras, los totalitarismos y los imperios, unidos al gregarismo y al conformismo de las mayorías, lo han sometido brutalmente, pero él se cuela por entre los intersticios de la maquinaria del poder, como la disidencia, como un rayo de libertad y una apertura a la emancipación.

Aunque se pretenda condenarlo, difamarlo o invisibilizarlo, el desorden siempre está presente, así sea en la sombra, en las márgenes, en las alcantarillas o en la clandestinidad. Unas veces libre, otras domesticado y otras condenado, como en los carnavales; pero siempre, de una forma u otra, está conteniendo con el orden o trabajando para él: en el desorden fundante, el desorden salva al orden, y en su virtud de reaparecer, el orden salva al desorden.

Cuando se sobrepasa el estado simplemente destructor del desorden, donde la realidad queda amputada de las formas de orden que desaparecen sin compensación y sus elementos no constituyen más una estructura, el desorden genera un nuevo orden que reemplaza al antiguo. Lejos del equilibrio, es creador de nuevos estados de la materia (las "estructuras disipativas") y no produce una adición sino una sustitución a un nivel más elevado. De esta manera, mediante el desorden, la realidad se enriquece con nuevas formas de orden.

3. La aceptación y valoración del conflicto y el desorden

A diferencia de la visión convencional, simplificadora y fragmentada sobre la relación entre orden y desorden, la visión compleja e integral permite comprender el desorden y aceptarlo tal como es: algo normal, inevitable, imprescindible; sin lo que no habría movimiento, innovación o vida. De modo que es positivo y debe ser aprovechado para transformar la realidad.

Con el conflicto ocurre igual. También se ha reputado como malo, negativo, algo aberrante que se debe evitar o eliminar. Al heredar esas connotaciones, ha sido reprobado o estigmatizado. Pero el conflicto es el mismo desorden, es contradicción, contraposición y enfrentamiento en lo social, lo político, lo económico. Hablar de desorden público, de desorden social, de restablecer el orden, es hablar de conflicto.

Cuando el desorden se asoma, ahí está el conflicto. Conflicto que tiene lugar cuando los unos, defendiendo la estabilidad, el statu quo, recurren al orden contra el desorden; cuando los otros apelan al orden nuevo contra el viejo; cuando la mayoría desconoce y aplasta a la minoría, o cuando ésta se rebela contra aquella. En consecuencia, para entender a cabalidad el papel del conflicto, es necesario comprender las interrelaciones y el maridaje entre el orden y el desorden, expuestas anteriormente.

Dado que existen naciones, clases, grupos, élites, mayorías, comunidades, gobiernos y movimientos donde abundan las desigualdades económicas, sociales, de distribución de poder, etc., existe también gran diversidad de posiciones, expectativas e intereses. Pero, ¿cómo se forma el conflicto? Si esos intereses encuentran complementariedades o interdependencias, pueden darse competencias, concurrencias, rivalidades y antagonismos potenciales, que son inherentes a todo lo social, y fluyen, se reciclan, se resuelven, se transforman, se conciertan o se negocian. Este es el estado en el cual el orden es estabilidad, unidad y cohesión relativas, y en el que el desorden o el conflicto contribuye con el movimiento, la dinámica y la regeneración constante. Ahora bien, cuando dentro de esos intereses se desconocen o menosprecian las interdependencias y las complementariedades y, en cambio, pasan a predominar el antagonismo, la competencia y la rivalidad, entonces los intereses se contraponen y se enfrentan, y el conflicto se agudiza. En caso de que el conflicto se solucione, se vuelve a otro orden; en caso contrario, sobreviene la perturbación, la agresión, la violencia. Este es el estado en el cual el desorden es destructor.

Sin embargo, el conflicto no se agudiza sólo por la exacerbación de los antagonismos o por el desorden total. También puede surgir por un exceso de orden. El ejemplo más palpable es la experiencia de todos los totalitarismos y autoritarismos en lo macro y lo micro: cuando bajo la bandera del orden y la autoridad, se pone todo el énfasis en reprimir o inhibir cualquier expresión del desorden y para ello se acude a crear un enemigo común, a la homogeneización o el unanimismo y a la inflexibilidad frente a sus manifestaciones. Ese afán por el orden total atiza el conflicto con los otros, con la diferencia, con la diversidad, con la disidencia y con los excluidos, porque cuando la idea de orden se liga con la de verdad absoluta o universal, ello lleva al autoritarismo, pues esa verdad asume las características de la ortodoxia, la inflexibilidad, lo inamovible, lo permanente, lo que está más allá de la historia. Así se llega a la asociación de *orden rígido* con *autoridad*, luego con *verdad absoluta* y, finalmente, con *lo correcto*. Mas, cuando se acepta que el desorden y el conflicto son normales y legítimos, se puede entender más fácil la relatividad de los conocimientos, la verdad relativa y, por tanto, la verdad y lo correcto pueden asumir las características de la heterodoxia, la flexibilidad, la mutación, lo contingente y lo histórico.

Lo mismo que se dice del desorden y el conflicto se puede aplicar, también, al antagonismo:

La idea nuclear, común a Heráclito, Hegel, Marx es que el antagonismo, agazapado u obrando en el corazón de lo *Uno*, juega un papel no solamente destructor sino constructor. La idea de antagonismo, devaluada por sus orígenes filosóficos y sus desvergüenzas dialécticas, no ha obtenido el derecho de entrada en el pensamiento científico. Sin embargo, la microfísica ha instalado recientemente a la sombra de cada partícula su antipartícula, complementaria y antagonista a la vez, llegando así a concebir una antimateria.¹¹

Las mismas características de complementariedad y necesidad:

Existe una ambivalencia entre antagonismo y complementariedad. La unidad compleja de un sistema es la que a la vez fomenta y controla los antagonismos del mismo. Si no hubiera antagonismos, si no hubiera fuerzas de disociación, todo caería en una confusión amorfa y no habría siquiera sistema. La organización permanente equivale a una desorganización permanente... La armonía no es para Heráclito la síntesis de los contrarios, sino la ambivalencia que hace posible los contrarios. A Homero, que deseaba que desapareciera la discordia, le replica Heráclito que felizmente la discordia permanece, ya que de no ser así, perecerían todas las cosas.¹²

En síntesis, el conflicto, como el desorden, puede llevar a la destrucción, a la guerra; pero, igualmente, puede ser el generador de un nuevo acuerdo, un nuevo orden, una regeneración, una reorganización.

4. La transformación de los conflictos a través de la concertación y la negociación

El conflicto es inevitable, lo evitable es la violencia

La posibilidad de resolver pacíficamente el conflicto, a favor de una ganancia mutua de los contendientes, del crecimiento y el enriquecimiento, y no de la muerte o la destrucción, depende de muchos factores. Pero, de entrada, la visión o valoración del conflicto puede incidir poderosamente en su evolución. Si se cree que el conflicto y el desorden son algo malo que se debe evitar, entonces se asume de una manera que no favorece su resolución: se trata de ocultar o se prorroga, con lo cual se agrava y aumenta. Por el contrario, si se parte de que el conflicto, como el desorden, es necesario, inevitable y contiene posibilidades de cambios progresivos, se puede abordar de frente, valorar como algo positivo y normal, y asumir su trámite de una

11 Edgar Morin. *El método I. La naturaleza de la naturaleza*. Op. cit., p. 174.

12 Salvador Pániker. *Aproximación al origen*. Sexta Edición. Barcelona, Kairós, 1982, p. 308.

manera más abierta, activa e imaginativa. La primera actitud lleva a negar o menospreciar el conflicto, de allí nacen las tentaciones a la evasión, la imposición o la dominación. La segunda está más cercana a la cooperación, a la concertación o a la negociación; por lo que se entiende más fácilmente que la solución puede estar dentro del mismo conflicto.

En su obra *La evolución de la cooperación*, Robert Axelrod demuestra, a través de la teoría de juegos, que “en condiciones idóneas, la cooperación puede desarrollarse incluso entre antagonistas”.¹³ Además, sostiene que “por fortuna, para que la cooperación se desarrolle y evolucione no es necesaria la amistad. Como demuestra el ejemplo de la guerra de trincheras, hasta los antagonistas pueden aprender a desarrollar la cooperación fundada en la reciprocidad”.¹⁴

La actitud de ver el conflicto como inevitable y positivo está más cercana a la negociación, porque permite comprender mejor las interrelaciones e interdependencias que existen entre los intereses o posiciones enfrentadas. Es decir, hace visible la complejidad del conflicto, lo que ya es muy distinto a la simplificación de que el uno es el bueno y el otro el malo, en una absolutización que separa, como una muralla china, las partes de la contienda.

A su vez, en todo conflicto se presentan amortiguaciones, mediaciones, relativizaciones, permeabilizaciones o comedimientos, los cuales pueden jugar un papel importante en su descongestión o desbloqueo, pues a través de éstos, las energías que se agolpan y se enfrentan pueden encontrar causas comunes y el conflicto comenzaría a mitigarse y lograría la reciprocidad, base de la cooperación. Esto quiere decir que percibir mejor las interrelaciones e interdependencias del conflicto, valorar las amortiguaciones y, por tanto, dar muestras o elementos de reciprocidad, produce una mayor apertura, disposición y amplitud al diálogo, lo cual abre la posibilidad de que el conflicto fluya y evolucione hacia la búsqueda de alternativas o soluciones.

En suma, la comprensión más rica o compleja de la naturaleza del orden y el desorden y de sus interrelaciones, interdependencias y antagonismos, permite entender que el conflicto y el desorden son inevitables, pues son parte de la esencia de la vida y la sociedad. Lo que sí se puede evitar es que el conflicto se antagonice hasta la violencia y que la violencia se convierta en un método para resolver los conflictos.

13 Robert Axelrod. *La evolución de la cooperación*. Madrid, Alianza, 1984, p. 88.

14 *Ibíd.*, p. 177.

Esto quiere decir que entre la estabilidad y el cambio se puede dar el antagonismo, pero su solución no tiene que traducirse en violencia. Desde el poder, desde donde se postula el orden contra el desorden, la estabilidad se puede mantener aceptando el desorden e integrándose con él. Y desde la lucha por el cambio o la reforma de la sociedad, desde donde se postula el nuevo orden contra el antiguo, debe haber una base sobre la cual actuar, por eso la experiencia ha demostrado que las grandes cosas no se crean de la nada y que el nuevo orden no implica necesariamente la destrucción del viejo. Así, cualquier sistema político o grupo social podrá ser más pluralista y democrático en la medida en que tenga mayores capacidades de albergar orden y desorden a la vez, porque tendrá más fluidez y madurez para transformar sus conflictos.

La pobreza de los sistemas totalitarios está en que no saben pensar simultáneamente el orden y el desorden; en que creen que es posible edificar un orden sofisticado sin liberar las tasas correspondientes de desorden. Los sistemas totalitarios aplastan el meollo de la creatividad: la posibilidad de ir creando órdenes cada vez más complejos en función de la dialéctica orden/desorden. Así, por ejemplo, la democracia es el menos malo de los sistemas porque es el más ambivalente de los sistemas.¹⁵

El modo de pensar simplista y fragmentario lleva al maniqueísmo, y su ceguera mantiene a la humanidad en la barbarie, la agresión y la guerra. Se trata del viejo paradigma del orden por exclusión del desorden, el mismo de la unidad que niega la diferencia. Frente a él, está surgiendo la manera de pensar conjuntamente el orden y el desorden, esto es, otra visión de la realidad según la cual son posibles las síntesis fecundas entre uno y otro, con lo que el desorden puede convertirse en un nuevo orden. Este es el pensamiento complejo, el método que permite que el conflicto se mueva y evolucione por entre las interacciones, las interdependencias y los entresijos de sus antagonismos, hasta su transformación sin necesidad de imponer el sojuzgamiento o la eliminación de una de las partes.

Un orden rígido y un desorden no creador (pensamiento simplificador) impiden la transformación del conflicto, lo llevan al bloqueo y a la represión. Estos también sugieren la búsqueda de salidas de fuerza o violencia. Por el contrario, un orden flexible y un desorden creador (pensamiento complejo) conducen a que el conflicto se desbloquee, fluya y se transforme, porque entre ellos se producen puntos de encuentro. Los primeros son la expresión de las posiciones extremas, el dogmatismo y fundamentalismo por parte y parte. Los segundos son propiciadores de las mediaciones, la conciliación y el pluralismo.

15 Salvador Pániker. *Op. cit.*, p. 210.

Entonces, ya no se trata de pensar que el orden es la luz y la paz, y el desorden las tinieblas y la violencia; sino de erradicar esas concepciones del orden rígido y el desorden destructor, para concebir un orden flexible y un desorden creador. Este cambio hará posible superar la dicotomía entre el consenso y el disenso, encontrando consensos dinámicos y dialécticos que incluyan el disenso, pues favorece la transformación pacífica de los conflictos a través de la concertación o la negociación y puede llevar a la construcción de otros modos de vida y de sociedad exentos de agresión, violencia y dominación.